

Seix Barral Biblioteca Formentor



Anna Gavaldà

Billie



REALIZADO POR MAKANO, tomadescargamk, SI LO RESUBES AL MENOS DA LAS GRACIAS Y NO VAYAS DICRIENDO QUE ES TUYO Y QUE NO TE LO ROBEM CUANDO TU ERES EL/LA PRIMERA/O QUE LO HACES

MAKANO, tomadescargamk

Índice

Portada
Dedicatoria
Nos miramos con rabia...
Por primera vez en mucho...
Me pareció haberla...
Franck se llama Franck...
Sí, nos habíamos fijado...
La Guillet llegó a clase...
Fui todos los días a casa...
Lo que más me incomodaba...
Podría pasarme la noche...
Está muerta. ¡Adiós, Perdican!...
Y Franck tenía razón, estrellita...
Lo reconozco, hasta aquí me...
Después la cosa se pone más...
Esperé varios días antes...
En esa época no me limité...
Lloré durante horas...
A la mañana siguiente...
Volví a casa, evité una...
Invité, pues, a Franck...
Bueno, por supuesto...
Mira, estrellita...
Todo empezó en el bar...
Retrospectivamente, nuestra...
No sé si fue por el cansancio...
Caminé recto durante...
¡Jijijí!
Emprendimos camino como...
Agradecimientos
Nota
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

A los clandestinos



Nos miramos con rabia. Él, porque debía de pensar que yo tenía la culpa de todo, y yo, porque no era razón para mirarme así. Tonterías he hecho muchísimas desde que nos conocemos, y él siempre se lo ha pasado súper bien gracias a mí, así que era muy feo por su parte reprocharme ésta en concreto sólo porque iba a acabar mal...

Joder, ¿y yo qué sabía?

Me eché a llorar.

—Qué, ¿ya te arrepientes? —murmuró, cerrando los ojos—. No... Qué tonto soy... Arrepentirte tú, qué tontejaría...

Estaba demasiado agotado para guardarme rencor del todo. Además, no servía de nada. En eso siempre estaríamos de acuerdo. Yo ni sé lo que significa arrepentirse...

Estábamos en el fondo de una grieta o de qué sé yo qué, algo geográficamente muy chungo. Una especie de... de *desbarrancamiento* en el parque nacional de las Cévennes, donde no había cobertura, ni un solo bicho viviente — y mucho menos una persona— y donde nadie nos encontraría jamás. Yo me había hecho polvo el brazo, pero todavía podía moverlo, mientras que él saltaba a la vista que se había roto todos los huesos del cuerpo.

Siempre he sabido que era valiente, pero ahí de verdad me estaba dando una lección.

Otra más...

Estaba tendido de espaldas. Al principio traté de hacerle una especie de almohada con mis zapatos, pero como casi se desmayó cuando le levanté la cabeza, la dejé

donde estaba y ya no me atreví a tocarla. De hecho, ése fue el único momento en que se agobió a saco, pensaba que se le había jodido la médula y le daba tantísimo miedo acabar siendo un intocable que me dio la vara durante horas para que lo abandonara en ese agujero o lo rematara.

Y, bueno, como yo no tenía nada a mano para cargármelo limpiamente, pues nos pusimos a jugar a los médicos.

Por desgracia no nos habíamos conocido lo bastante pronto como para jugar a escondidas, pero está claro que no nos habríamos quedado los últimos en la sala de espera... Se lo recordé, y le hizo gracia. Menos mal, porque yo, a este infierno de aquí o a la otra vida, no quería llevarme más que eso: sonrisas. Aunque fueran minúsculas y arrancadas a la fuerza como ésa.

Todo lo demás, sinceramente, por mí que se quede en la consigna...

Le pellizqué por todas partes y cada vez más fuerte. En cuanto veía que le hacía daño, me llevaba un alegrón. Era señal de que su cerebro participaba y que no haría falta que empujara su silla de ruedas hasta San Pedro. Y si no, no había problema, estaba de acuerdo en cargármelo. Lo quería lo suficiente para hacerlo.

—Bueno, parece que está todo bien... No paras de quejarte, eso es que todo cirula, ¿no? Yo creo que, aparte de la pierna, también te has roto la cadera o la pelvis. Bueno, o algo por esa zona, vamos...

—Ya...

No parecía muy convencido. Se notaba que estaba agobiado por algo. Se notaba que, sin bata blanca y el artillugio ese como se llame que llevan los médicos al cuello, yo no resultaba nada creíble. Franck miraba al cielo con el ceño fruncido y refunfuñando, como era su costumbre.

Conocía bien esa expresión suya, las conocía todas, y me daba cuenta de que seguía angustiado por algo.

—Nooooo, Francky, venga ya... Estoy alucinando. No me lo puedo creer, tío... No me estarás diciendo que quieres que te meta mano para comprobar eso también, ¿o sí?

—...

—¿Que sí quieres?

Estaba claro, él luchaba con todas sus fuerzas por conservar su expresión de moribundo, pero mi problema no era en absoluto una cuestión de decoro, sino más bien de eficacia. El momento era delicado, y tampoco era plan de liquidarlo sólo porque yo no era su tipo...

—Oye... No es que no me apetezca, ¿eh? Pero..., o sea, tú...

Me recordaba a Jack Lemmon en la última escena de *Con faldas y a lo loco*. Como él, empezaba a quedarme sin argumentos y tenía que soltarle el último, el más definitivo, para que dejara de darme la tabarra:

—Soy una chica, Franck...

Y entonces... Ahí, en ese momento, si estuviera dando una conferencia muy profunda sobre la Amistad, en plan sección transversal con croquis, diapositivas, botellitas de agua para el ponente y toda la pesca, para explicar su origen, de qué está hecha y cómo distinguir imitaciones, pues bien, pediría que congelaran la imagen y, con mi puntero de profesora, señalaría su réplica.

Esas tres palabritas tan alegres y a la vez tan muertas de miedo murmuradas con una sonrisa súper mal imitada por un ser humano que ni siquiera sabía si iba a vivir o morir, si iba a seguir sufriendo y se iba a quedar sin volver a follar nunca más:

—*Well... Nobody's perfect...*

Sí, por una vez lo tuve clarísimo, y lo siento por quienes no la hayan visto, por quienes no entienden nada de la peli y por lo tanto nunca sabrán ver a un amigo de verdad en un pobre travelo; lo siento pero no puedo hacer nada por ellos.

Entonces, porque se trataba de él, porque se trataba de mí, y porque aún conseguíamos disfrutar de estar juntos en un momento tan chungo como ése, me encaramé encima de él para apoyar el brazo válido sobre su bajo vientre.

Apenas le rocé.

—Bueno —gruñó al cabo de un momento—, no te pido que te emplees a fondo, guapa... Sólo me tocas un poco y se acabó.

—No me atrevo...

Soltó un profundo suspiro.

Entendía que se sintiera tan mal. Juntos habíamos vivido situaciones muchísimo más embarazosas en las que yo había salido muy mal parada, y le había dado la murga cientos de veces contándole mil historias súper salvajes, historias tórridas, de lo más *hard-core*, por lo que, de nuevo, no resultaba nada creíble...

¡Pero nada en absoluto!

Y sin embargo no era pose... De verdad que no me atrevía.

Nunca se puede saber de antemano dónde va a esconderse lo sagrado. Con la mano aún en equilibrio en el aire, de pronto me di cuenta de que había un mundo entre mis andanzas sexuales y su pajarito. Podría haberlos tocado todos si hubiera sido necesario, pero el suyo no, no, el suyo no, y esa lección me la daba yo solita a mí misma, por una vez.

Siempre he sabido que lo adoraba, pero hasta entonces nunca había tenido ocasión de medir el alcance del respeto que me inspiraba; pues bien, ahora sí: medía unos milímetros...

Unos milímetros infinitos, lo que medía también mi pudor. Nuestro pudor.

Por supuesto, sabía muy bien que no me iba a dejar paralizar mucho tiempo por ese apuro de mojjigata de mentirijillas, pero, mientras tanto, la primera sorprendida era yo.

En serio, flipaba de verme tan remilgada. Intimidada, asustada, ¡casi virgen otra vez, vamos! Era como volver a creer en los Reyes Magos.

Bueno, venga, basta de excusas. Al tajo, mojigata virgen...

Para que se relajara, empecé dándole toquecitos alrededor del ombligo canturreando «mueve la patita y mueve la colita», pero no le relajó mucho que digamos. Luego me tumbé junto a él, cerré los ojos, llevé los labios a su conducto... esto... auditivo, me concentré y le susurré muy bajito, no, más bajito todavía, con burbujitas de saliva en el oído y todo un sinfín de gemiditos de lo más irritantes, lo que imaginaba que sería la peor o la mejor de sus fantasías más ocultas, a la vez que le acariciaba con un dedo distraído, perezoso, desmotivado y..., bueno, travieso y juguetón, todo hay que decirlo, la U que formaban las costuras de su bragueta.

Los pelos de sus orejas se retraían de terror, y no llegué a poner en peligro mi honor.

Maldijo. Sonrió. Rió. Me dijo mira que eres tonta. Me dijo para. Me dijo idiota. Me dijo ya está bien. Me dijo ¡que te he dicho que ya basta! Me dijo te odio y me dijo te adoro.

Pero todo eso fue hace tiempo. Cuando aún tenía fuerzas para acabar las frases y cuando yo no pensaba que, un día, lloraría con él.

Ahora ya anochecía, yo tenía hambre y frío, me moría de sed y me estaba viniendo abajo porque no quería que él sufriera. Y, si tuviera un mínimo de buena fe, yo también acabaría las frases y al final añadiría «por mi culpa».

Pero no tengo buena fe, ni mucha ni poca.

Estaba sentada a su lado, apoyada en una roca, y despacito me iba marchitando.

Me descascarillaba remordimiento a remordimiento.

A costa de un esfuerzo del que jamás tendré idea, Franck apartó el brazo del cuerpo, y su mano se posó sobre mi rodilla. Le toqué la mano a mi vez, y eso me debilitó aún más.

No me gustaba que me cogiera por los sentimientos, el muy aprovechado. Eso era cebarse con la desgracia ajena.

Al cabo de un rato le pregunté:

—¿Qué es ese ruido?

—...

—No será un lobo, ¿verdad? ¿Crees que aquí habrá lobos?

Y como no contestaba, grité:

—¡Pero contéstame, joder! ¡Dime algo! Dime que sí, dime que no, dime vete a la mierda, pero no me dejes sola... Ahora no... Te lo suplico...

No le hablaba a él, sino a mí misma. A mi estupidez. A mi vergüenza. A mi falta de imaginación. Él nunca me hubiera abandonado, y si callaba era sólo porque se había desmayado.



Por primera vez en mucho tiempo su rostro ya no parecía un reproche, y la idea de que debía de dolerle menos me infundió ánimos de nuevo: de una manera u otra, nos sacaría de allí a ambos, no tenía más remedio. No habíamos recorrido tanto camino para acabar en plan *Hacia rutas salvajes* a lo cutre en un agujero perdido de la Lozère.

Joder, no, qué vergüenza...

Me puse a reflexionar. Para empezar no eran lobos sino trinos de pájaros. Lechuzas o algo así, qué sé yo. Y nadie se moría de una simple fractura. No tenía fiebre y no perdía sangre. Le dolía un huevo, sí, pero su vida no corría peligro. Lo mejor que podía hacer por ahora era dormir para recuperar fuerzas y, al día siguiente, al amanecer, a la hora en que no pueda más de esta mierda de campo, partiré, como en el poema de Victor Hugo.

Iré por esos bosques de mierda, iré por esa montaña de mierda y pondré en esa cañada un puto helicóptero en flor.

Hala, ya estaba dicho. Iba a mover el culo, cuidadito que vienen curvas. Porque lo de la excursión en familia, yupi, yupi, con unos burros capados medio alelados o medio estresados, para un ratito, vale, pero ya estábamos hasta el gorro.

Lo siento, chavales, pero a nosotros el rollo del senderismo nos toca las narices.

¿Me oyes, nene? ¿Oyes lo que acabo de decir? Te juro por tu vida que, mientras yo viva, nunca estirarás la pata en provincias. Nunca jamás. Antes prefiero morir.

Volví a tumbarme, solté un gruñido, me levanté otra vez para barrer mi catre y quitar esa jodienda de piedrecitas que se me clavaban en la espalda y me tumbé de nuevo, acurrucada a su lado.

No conseguía dormir...

Los duendecillos que vivían en mi cerebro se habían metido demasiadas pastis...

En mi cabeza sonaba como un *maxmix* tecno de música celta.

Un horror.

Le daba tanto al coco que ya no alcanzaba a oír ni mis propios pensamientos y, encima, por más que me arrimaba a él y me acurrucaba, seguía teniendo muchísimo frío.

Estaba helada, y DJ Grumpy me estaba destrozando las tres últimas neuronas de valentía que me quedaban, por lo que unas lagrimitas más ágiles que las demás aprovecharon, las muy astutas, para escapar de mis párpados.

Joder. La cosa estaba de verdad chunga.

Para reprimirlas eché la cabeza hacia atrás y... Y entonces... Ooohh...

No fueron las estrellas lo que me hizo cerrar el pico, ya habíamos visto mogollón desde que estábamos allí, sino su coreografía. ¡Plic! ¡Gling! Se encendían unas tras otras, a un ritmo regular. Ni siquiera sabía, ¡Ding!, que fuera posible...

Brillaban tanto que casi daba mal rollo.

Como si fueran luces led o estrellas nuevas recién compradas. Como si alguien hubiera pisado el variador de intensidad.

Era... magnífico...

De repente ya no estaba sola, y me volví hacia Franck para limpiarme la nariz en su hombro.

Pues sí... Eh, marginados, un poco de respeto... Hay que dejar de llorar cuando Dios te presta su bola de espejos...

¿Existían las grandes mareas para las galaxias como para los océanos, o lo hacían sólo para mí? ¿Me lo dedicaba sólo a mí la Vía Láctea? ¿Era una inmensa *rave* de hadas que venían a espolvorearme oro a saco sobre la cabeza para ayudarme a recuperar fuerzas?

Acudían estrellas de todos los rincones, y me daba la impresión de que calentaban la noche. Me daba la impresión de estar bronceándome en la oscuridad. Me daba la impresión de que el mundo se había invertido. Que ya no estaba en el fondo de ese precipicio rumiando mi desgracia, sino sobre un escenario...

Sí, por muy abajo que me retorció (¿o que me retorciera?) (bueno, como coño se diga...), dominaba algo.

Estaba en una sala de conciertos inmensa, una sala de conciertos a cielo abierto, de un extremo a otro de la Tierra, en mitad de la típica canción que te sobrecoge, y no tenía más remedio que estar a la altura de todos esos mecheros encendidos, todas esas pantallas y todos esos miles de velas mágicas que los ángeles dirigían hacia mí. Ya no tenía derecho a compadecerme de mi suerte, y hubiera deseado tanto que Francky pudiera disfrutarlo también...

Él tampoco habría sabido distinguir la Osa Mayor de la Osa Menor, pero le habría gustado tanto ver toda esa belleza... Le habría gustado tanto... Porque, de los dos, el artista era él. Si habíamos conseguido salir del estercolero en el que vivíamos había sido gracias a su sensibilidad, y era para él para quien el universo se había puesto su esmoquin de lamé.

Para darle las gracias.

Para homenajearlo.

Para decirle: A ti, chavalín, te conocemos, ¿sabes?... Sí, sí, te conocemos... Hace tiempo que te observamos y nos hemos fijado en que te obsesiona la belleza... No has hecho más que eso en toda tu vida: buscarla, servirla e inventarla. Así que toma... Mira... Mira, en recompensa por todos tus esfuerzos... Mírate en este espejo... Esta noche por fin te devolvemos lo que te debemos... Tu amiga, en cambio, es una chica vulgar, no hace más que escupir y soltar tacos como una verdulera. Me pregunto quién la habrá dejado entrar aquí... Mientras que tú... Tú eres de la familia... Ven, hijo mío... Ven a bailar con nosotras...

Estaba hablando en voz alta...

Con toda modestia, y para un chico que no podía oírme, ¡acababa de hablar en nombre del universo!

Era una chorrada, pero tan bonita...

Eso da idea de cuánto le quería...

Aunque..., bueno..., una última cosa, señor Universo... (y, al mismo tiempo que decía eso, a quien veía en mi cabeza era a James Brown), no, en realidad dos...

La primera: deje usted a mi amigo ahí donde está... De nada sirve que vuelva a llamarle, porque no piensa ir. Aunque se avergüence de mí, nunca me dará la espalda. Así son las cosas, y ni siquiera usted puede hacer nada para cambiarlas, y la segunda: discúlpeme por ser tan deslenguada.

Es verdad, soy tremenda, pero cuando hablo tan mal no es por falta de respeto, es por la rabia que me entra de no encontrar al instante las palabras adecuadas. *It's a man's world, you know...*

I feel good, contestó él.

* * *